

CARMEN ZAYAS BAZÁN

la esposa de Martí

Por ANDRÉS RODRÍGUEZ



Quién es aquella joven? –le preguntó José Martí a Manuel Mercado, su entrañable amigo mexicano.

- Es una cubana. La señorita Carmen Zayas Bazán –fue la respuesta.

Así fue –de acuerdo con Carlos Márquez Sterling, en su obra *Nueva y humana visión de Martí-*, el primer encuentro en territorio de México, un día de diciembre de 1876, entre el apóstol de nuestra independencia y la que sería posteriormente su esposa.

Pocos días después, el propio Mercado facilitó, a propósito de un baile, el contacto personal entre los dos jóvenes cubanos. Tuvo lugar entonces el compromiso amoroso que culminaría, un año más tarde, en el matrimonio formal, también en tierra azteca, y del cual precisamente Manuel Mercado fue uno de los testigos.

“Tiene el color blanco anacarado, los labios de un punzó natural, con la suavidad del terciopelo, los ojos pardos rasgados con mirada angelical y el cabello de ese color castaño dorado, como lo pintaba el Ticiano, muy apreciado y poco común”.

De esa manera describe Martí a su cónyuge, una mujer que tuvo que vencer la resistencia de su padre, quien nunca vio con ojos de aprobación el enlace nupcial de su hija con un hombre que no le proporcionaría “jerarquías ni honores materiales”.

De México, los recién casados se trasladaron a Guatemala, nación centroamericana a la cual Martí había ido anteriormente y donde encontró –al amparo de su compatriota José María Izaguirre- la bienvenida del presidente de la República, el caudillo Justo Rufino Barrios.

El viaje se realizó por tierra, “en ocasiones a lomo de mula, en medio de una agreste geografía”. Sin embargo, la estancia no resultó duradera. Con motivo de una injusticia cometida por el presidente Barrios contra Izaguirre, Martí renuncia a su trabajo y no le queda otra alternativa que marcharse.

También es cierto que el inicial ambiente receptivo que encontró se ha enrarecido después del fallecimiento de María García Granados, la Niña de Guatemala, hija de un ex presidente de ese país. “La introvertida, dulce, soñadora y estoica” joven guatemalteca se había enamorado apasionadamente de Martí y, al verlo retornar del brazo de su esposa, se “murió de amor”.

Para salir de la tierra del quetzal, nuestro grande hombre se ve forzado a empeñar las prendas que le entrega Carmen Zayas Bazán, según atestigua Gonzalo de Quesada y Miranda, en su libro *Martí, hombre*.

“Dominante, enérgica, celosa, posesiva, práctica”, así califica a la Zayas Bazán la autora Onilda A. Jiménez en *La mujer en Martí*. Y esa dama del Camagüey legendario, con tales características, y su esposo, dotado igualmente de sus peculiares características, deciden regresar a Cuba, la tierra natal, donde reina una aparente paz tras una guerra que ha durado diez años. Aquí en La Habana les nace el hijo.

Pero en La Habana Martí conspira contra el colonialismo español y un día las autoridades lo deportan. La esposa y el niño, desamparados, tienen que viajar a Camagüey para cobijarse bajo la sombra del árbol paterno, el mismo que siempre desconfió de las ventajas de aquella unión que tuvo lugar en México.

Se abre paso una grieta matrimonial que no se cerrará jamás.

Me viene a la mente Amalia Simoni, la excepcional esposa del mayor Ignacio Agramonte. En medio del extraordinario amor que ambos se profesaban, Amalia afirmó en una carta: “Tu deber, antes que mi felicidad, es mi gusto, Ignacio mío”.

Carmen Zayas Bazán, por supuesto, no fue así. Mas tampoco fue “la esposa infame” que nunca amó a Martí como manifiesta, en su polémico *Diario de soldado*, el patriota Fermín Valdés Domínguez, en extremo apasionado, muchas veces, en los juicios que emite acerca de sus contemporáneos.

En verdad, nuestra dama camagüeyana no compartió el ideal, para ella fantástico, de su cónyuge, pero –como admite Gonzalo de Quesada y Miranda en su obra antes citada- siempre latió en ella el amor por el hombre a quien dio su corazón en México. Sucede que lo quería para ella y para su hijo, o sea, para su familia.

Como afirma Jorge Mañach, en su clásico *Martí, el apóstol*, “Carmen no admite más pensamiento que su casa. Y Martí sueña con una casa más grande”. Una casa –vale añadir- que se siente capaz de fundar.

El hecho real, sin embargo, es que la entrega de nuestro héroe nacional al ideal independentista convirtió a la Zayas Bazán en madre y padre del hijo que ambos procrearon. Hay en ella “una exquisita consagración a esta delicada criatura que nuestra fortuna nos dio por hijo”, le expresa Martí a Manuel Mercado.

Y esa consagración –muy particular, pero muy familiar-, la induce a formular reproches: “No se le da la vida al ser para sacrificarlo, sino para sacrificarse por él”.

En vista de concepciones tan contrapuestas, el matrimonio deviene, cada vez más, una relación tormentosa. No obstante, tienen lugar tres intentos de reconciliación. Tres veces acude Carmen Zayas Bazán al lado de Martí en los Estados Unidos y siempre este la acoge, mas en las tres oportunidades no hay otro resultado que el fracaso.

Ante esas insalvables contradicciones y la lejanía entre ambos cónyuges, Martí ha encontrado en suelo estadounidense otro nido de amor, y Carmen Zayas Bazán, que no desea compartirlo con ninguna otra mujer, se percata de esa situación. Azuzada por Enrique Trujillo, patriota que a la sazón estaba enemistado con Martí, se presenta en el consulado español con el objetivo de, a espaldas de su esposo, retornar a Cuba con el hijo de ambos. Es la ruptura definitiva.

“¿Previo Martí aquel nuevo descalabro, pudo y quiso evitarlo? Sólo él podría contestarnos”, asevera Gonzalo de Quesada y Miranda, y añade: “Diríase que casi lo aceptó como algo inevitable, acaso esperado, y quizá como un aligeramiento para poder proseguir mejor sus ideales patrios”.

En su *Psicografía de José Martí*, Leonardo Griñán Peralta subraya: “Los hombres a quienes preocupa el bienestar de los demás, descuidan el de sus propias familias; pero, a pesar de todo, la sociedad preferirá siempre a los que luchan por la felicidad de los más”.

Es evidente que ha sido así.

La chilena Gabriela Mistral sentenció que “todo cubano tiene que ser un escudero de Martí”. Pienso que Carmen Zayas Bazán también observó de alguna manera ese mandato. Ella falleció en 1920, ya en pleno período republicano, y no he encontrado ningún escrito o ninguna declaración suya en detrimento de su esposo. Al menos no hizo, por lo que parece, lo que han hecho, al publicar sus memorias, otros familiares de personalidades célebres.

Cierro este trabajo con unas ilustrativas palabras del propio José Martí que retratan su condición de genio humano: “No soy un bailarín de virtud, sino un hombre que conoce todos los dolores, todos los engaños, todas las razones de dudas, todas las inquietudes y los tormentos todos, de los hombres”.